

GRADO EN PILOSOPIA Y LETRAS

El 24 del pasado junio, en el salón rectoral, se verificó el examen que, para recibir el grado de doctor en filosofía y letras, presentó el señor presbítero don José Eusebio Ricaurle, bogotano, oriundo de una familia cristiana entre cuyos antecesores se encuentran muchos buenos servidores de la República.

Hizo el señor Ricaurte sus estudios de humanidades y filosofía en el Colegio Nacional de San Bartolomé, donde obtuvo el diploma de bachiller; pasó en seguida al Seminario Conciliar para oír los curso de ciencias eclesiásticas, al fin de los cuales fue ordenado sacerdote; y asistió a las lecciones de nuestra facultad doctoral, sin eximirse de los exámenes reglamentaric,s, dando con todo ello nobles ejemplos a la juventud estudiosa.

Enviamos al señor doctor Ricaurte nuestras respetuosas felicitaciones.

---●---

EL CIPANGO Y LA ANTILIA

(UNA CONTROVERSA EN EL MAR)

Un día de octubre de 1492, Martín Alonso Pinzón, que navegaba en la *Pinta*, hace sofrenar el vuelo de su nave, espera que le dé alcance la *Santa María* en que bogaba Colón, y lo llama a su lado para conferenciar con él, a solas y sin testigos. La conversación que tuvieron trastorna completamente las ideas recibidas. Se trata del Japón y de Haití, del Cipango y de la Antilia. Escuchemos.

-Andáis empeñado, Cristóbal, en descubrir una tierra nueva, y de aquí que vuestros planes hayart encontrado tan escaso crédito junto a los monarcas y los sabios, a quienes casi ha habido que violentar para llegar al término a que hemos llegado. Yo bien entiendo que queréis hablar de la Antilia, por más que no la

nombréis nunca para no ahuyentar a la gente o por no vender vuestro secreto. Pero vuestra tierra nueva, vuestra soñada Antilia, no existe. Eso lo habéis sacado de las desmañadas historias que os cuenta la gente marinera, y tal vez de los papeles de vuestro suegro, que escondéis celosamente como un tesoro. ¡Cómo se ve que sois nuevo en el oficio, y que antes de vuestrá llegada a Portugal no os había's ocupado nada de estas ciencias! Hijo de tejedores genoveses, tejedor vos mismo hasta los veintidós años, no lleváis como yo, en la sangre y por larga herencia de familia, el arte de marear. Todavía se os engaña como a los niños con fábulas de vieja cuentera. Si en lugar de vuestros planes fantásticos hubiéseis propuesto, como yo os lo he explicado después, el descubrimiento de la nueva ruta para Cipango—esa isla cuajada de oro que está a la parte de las Indias Orientales, y a la que tenemos de llegar navegando siempre al occidente, si mis noticias no me engañan—yo cuido que hubiérais encontrado más pronto la salida de vuestras esperanzas.

—Martín; vos solamente podéis hablarme en tono de consejo, porque os reconozco por maestro navegante y amigo leal. No soy, en efecto, hijo de marinos de varias generaciones, sino hijo de comerciantes humildes. Ni soy corso, ni judío español, como quiere ya la voz de la plaza. Yo os he revelado a vos muy en secreto, puesto que sois mi mejor amigo en este mundo y compartís conmigo los azares y las tormentas, cómo esos almirantes Colombos, de cuyo parentesco suelo preciar-me ante la gente que necesita comenzar por ser engañada para después dar crédito a la verdad, no son parientes míos, ni Colombos más que por apodo, y ni siquiera italianos: aquél, Jorge de Bissipat, es griego; éste, Guillermo de Casenove, es francés. Con ninguno de ellos he navegado, ni servido a las órdenes del rey

Réné. Tampoco tengo yo nada con los buenos condes lombardos de Plasencia. Y es cierto que mi juventud la pasé, sin estudios en Pavía ni en parte alguna, pegado al telar de mis padres, pues heredar el oficio es toda la sabiduría de los pobres. Y es cierto también que, a no haber salido para Inglaterra con un cargamento de telas y mercaderías genovesas—donde primero encontré el naufragio, y luégo el refugio en Portugal—ni me hubiera casado con la hija de Parestrello, ni podido hurgar en esos papeles que vos decís. Aunque os consta que, si bien aparento alguna mayor erudición por ganar la confianza de esos señores doctores que se pagan tanto de citas y escolios, os consta, digo, que escarbo con ahinco y estudio en algunos libros de mucha enseñanza, como la *Imago Mundi*, del cardenal Ailly, la *Historice Rerum*, de Pío II, y el *Marco Polo*, de cuya lectura continua vivo desvelado y como ardoroso..... Pero no sea Martín Alonso, hombre que conoce por trato propio tantas cosas del mundo, quien venga a tacharme de desigual para estas empresas; pues sabéis que muy grandes hechos tienen humilde origen, y que hace más un querer constante que un mucho contemplar. Yo de los estudiosos me valgo hasta donde puedo; pero entiendo que, a los hombres como yo, y no a ellos, toca el luchar con novedades en tierra y mar, y el sufrir para hacer conocido lo que es ignoto. Ya lo sabéis bien, y a vos lo confieso aunque a otros lo niegue: yo no soy capaz de medir un grado terrestre sin trocar y trabucar los cálculos, pero soy quien descubrirá la Antilia, a despecho de su poca mecánica.

—Bien veis que comparto vuestra suerte, y correspondo con la mía vuestra confianza. Pero esa Antilia ¿por dónde nos vino ni de qué?

—Yo os diré otra vez lo que tanto he dicho ya al mundo. Aquellos papeles, mis noticias cuando hice

el corto viaje a Guinea, la conversación de prácticos, y esos libros que he revuelto tanto ¿son poca información? ¿De qué otra manera se adquieren las noticias? ¿De qué otro modo descubrieron a Porto-Santo y Madera? Yo os digo que al occidente de las islas Canarias y del Cabo Verde hay todavía mucha tierra por descubrir, y que aquí daremos con la Antilia, donde en otro tiempo se refugiaban los portugueses perseguidos, la isla de las Siete Ciudades que ponen las antiguas cartas y el globo de Behaim. Ya conocéis la deslealtad que tuvo conmigo el rey don Juan: no lo descabellado de mi empresa, que no la tenía por tal, sino el precio que yo puse a mi empresa, le hacía dilatar su cumplimiento. Y, entre tanto, por robarme lo mío, mandaba una expedición secreta a descubrir la tierra nueva... ¡Y así os asombra que no haya yo querido nombrar la Antilia antes de ahora, y que esconda tanto mis papeles y cálculos! Aquí estamos solos ante Dios, entre el mar y el cielo, y os hablo a corazón descubierto. Estamos en trance de probar verdades. Yo aquí os lo puedo decir todo. Teive, no lo ignoráis acaso, anduvo a ciento cincuenta leguas de Fayal, y estaba seguro de haber oído tierra ignota al poniente. Otro cree que la columbró más allá de Irlanda. Finalmente, cuando Vázquez de la Frontera navegó en servicio de Portugal, estuvo a pique de descubrir la misma Antilia o Antilla que yo busco. ¿Y sabéis por qué se detuvo? Pues por esos bancos de sargazo que tanto han dificultado nuestra ruta. Os digo, pues, que por aquí vamos a la Antilia, tierra nueva. Vos me objetáis que por aquí se llega al Cipango, que está a la parte de las Indias Orientales. Y ¡yo, a mi vez, os pregunto ahora: ¿de dónde nos vino ese Cipango?

—No ignoráis, Cristóbal, lo mucho que del Cipango se ha escrito; y que, cuando precisamente los padres

de la Rábida os propusieron que tratarais conmigo, tuvisteis que esperar mi regreso de Roma, adonde, entre lucros de comercio que siempre es bueno adelantar, yo adquiriría noticias del Cipango con un sabio de la Biblioteca Vaticana. También os confieso que mis informaciones tocaban, de paso, no sé qué islas nuevas que habian de salirme al encuentro, y entre ellas puede estar vuestra Antilia. ¡Pues por eso nos hemos puesto al cabo de acuerdo! y por eso yo os prometí daros los medios materiales de la empresa (harto sabéis que no hay que fiar de señores, aun cuando se llamen de Medinaceli o de más arriba) a cambio de que me ofrecierais continuar el viaje hasta el Cipango.

—Y por eso, Martín, al mismo tiempo que pedi ser nombrado virrey de las nuevas tierras por descubrir, consentí en traer conmigo, a fin de dejaros complacido, la carta del rey al gran can de la India, por si en efecto llegamos a la India.

—Y por eso, Cristóbal, yo os dije que si más hubierais tardado en hablar conmigo, yo solo me hubiera hecho a la mar. Que ya tenía yo notadas y bien notadas las cartas del Pizzigano (1367), de Beccaria (1435), de Bianco (1436), de Pareto (1455), de Benincasa (1482), donde todas esas islas figuran. Y os repito que antes os hubierais salido con la empresa (aparte de que los moros tuvieran a la corte ocupada en otro negocio) si, en lugar de prometer nuevas tierras —de las que tenéis costumbre de hablar como si las trajerais guardadas en un cajón—hubierais prometido nuevos y más cortos caminos hacia las riquezas ya conocidas.

—Y por eso, Martín, habéis tomado sobre vos el trabajo de contratar la gente y armar la expedición en Palos; que a mí, como extraño, no me daban oídos. Y no por miedo al mar tenebroso, que estaba bueno para

asustar a los del tiempo de don Enrique, sino por lo poco que me creían, no querían salir al mar.

—Y también, Cristóbal, porque sospechaban que ibais en busca de la Antilia, y ya en esas buscas se habían perdido los portugueses, y ésto lo sabían los de Palos. Fue entonces cuando mi familia y hermanos vinieron en vuestro auxilio. Y yo tuve que convencer a la gente de que íbamos al Cipango, no a la Antilia, y ofrecerles que encontraríamos casas con tejados de oro, como en verdad lo espero. Pero ahora, entre vos y yo, os reconvento. Ya sabéis que soy vuestro y leal, que no pienso poner a cobro los favores que confesáis vos mismo, y que donde hay testigos os hablo siempre como conviene al mejor gobierno del rey, de quien al fin sois persona. Desde que salimos al mar venimos de tropiezo en tropiezo, y todo por seguir vos en vuestra ceguera de la Antilia. Ordenásteis navegar a la altura del paralelo 28°, y así se ha hecho. El día diez y siete de septiembre, a unas cuatrocientas leguas de las Canarias, me hicisteis buscar no sé qué isla que no existe: alguna patraña más del Perestrello y sus famosos papeles. Después cruzámos ese mar de sargazos de que os hablaba Vásquez de la Frontera, y por el 24 de septiembre (consultad, si no, vuestro diario) nuevamente fracasamos en la esperanza de encontrar las islas desconocidas. Llegamos por fin, entre el 4 y el 5 de octubre, al límite de las 750 leguas donde, en un extremo de entusiasmo, ofrecisteis a la gente que hallaríais tierra. Y... ya conocéis el resultado. Perdonadme que os lo recuerde: si yo no intervengo, los hombres de la *Santa María*, ya desesperados acaban con vos y con vuestros planes ambiciosos. La gente teme ya navegar sin fin, temiendo que el mismo viento que nos favorece hasta ahora, impida el regreso. Y yo tengo que repetir a diario que no habrá Palos si no hay Cipango, y que yo no re-

greso sin la tierra de que traigo demanda. Al fin, el 7 de octubre, he logrado de vos que abandonemos vuestra soñada Antilia por mi Cipango, y, apartándonos del paralelo 28°, hemos declinado al sudoeste..... y ya lo veis bien por el indicio de las aves: la tierra no está lejana: es mi Cipango.

—Si es mi Antilia o es vuestro Cipango, ya no lo sé yo mismo. Yo he pensado que la tierra nueva que busco, y que es tan larga que se extiende desde la Tramontana hasta el Mediodía, bien puede encontrarse, a pesar de esta desviación al sudoeste

—Señor: no continúeis, que os tomarían por loco. Marco Polo, a quien habéis estudiado, dice que el Cipango se halla a 1.500 lis de la costa de las Indias, lo cual nos promete que el Cipango no está lejano. Señor: rendíos a la verdad ...

—Bien, amigo mío: haya tierra, y sea la que fuere. Yo acá, para mí, no puedo con mis imaginaciones y sueños.... Yo veo una inmensa tierra nueva. Pero sea, buen Martín Alonso, sea: yo tendré prevenida la carta para el gran can de la India, y guardaré en el secreto mi nombramiento de virrey de las tierras nuevas. Soy, pues, un embajador que llega, por un camino desusado, a una tierra ya practicada. ¿Que decís a esto?

—Que es tan cierto y claro como el oro de esa cadena que os pasó al cuello doña Felipa Monís Perestrello.

—¡Dios me perdone, amigo Martín! Cuando yo pasé esta cadena ya doña Felipa no existía. Esta cadena me la colgó al cuello aquella mujer cordobesa.

—¿Cuál?

—Aquella: ya os lo he contado.... Se llamaba Beatriz Enriquez. ¡Dios me perdone, amigo Martín!

* * *

Aquí se produce un tumulto, se oyen voces, e irrumpen en el camarote, atropelladamente, el cosmógrafo Juan de la Cosa, capitán y dueño de la *Santa María*, con los dos pilotos Bartolomé Roldán y Sancho Ruiz; los pilotos de la *Pinta*, Francisco Martín Pinzón y Cristóbal García Sarmiento; y el capitán de la *Niña*, el joven Vicente Yáñez Pinzón, seguido de su piloto Pero Niño.—Y Martín Alonso:

—No digáis nada, señores, que todo lo veo pintado en vuestros rostros. Don Cristóbal, señor almirante, esto es que habéis dado con la tierra, y habéis descubierto por el Poniente el camino para las Indias Orientales que ofrecisteis al mundo.

ALFONSO REYES.

(De la *Revista de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes*).

EL ORO

POESÍA QUÍMICA

¿Quién hay entre los mortales
que pueda desconocer
la grandeza y el poder
del *gran rey de los metales*?

Rey a quien rinde tributo
la misera humanidad,
porque este *rey*, en verdad,
es todo un *rey absoluto*.

Rey que vence y avasalla
al que a combatirle venga;
no hay quien su paso detenga
con dique, muro, ni valla.

Monarca que sobresale